¡ME CONVIENE ESTA MUJER!

JUGUETE CÓMICO EN UN ACTO Y EN VERSO

original de

D. EDUARDO ZAMORA Y CABALLERO.

Representado por primera vez en Madrid en el teatro del Circo en el mes de Noviembre de 1863.

SEGUNDA EDICION.

MADRID.

IMPRENTA DE R. LABAJOS, CABEZA, 12.

1865.

8

JUNTA DELEGADA
DEL
TESORO ARTISTICO

Libros depositados en la
Biblioteca Nacional

Procedencia
T. BORRÁS

N.° de la procedencia

760

Á LA SEÑORA DOÑA JOSEFA HIJOSA.

Sólo el deseo de complacer á V. ha podido obligarme á escribir este juguete en brevísimo tiempo y en horas, para mí, no muy bonancibles. A V., pues, se lo dedico á fin de que comparta conmigo la responsabilidad que ante el público me ha hecho contraer.

De V. afectísimo Q. B. S. P.

E. Zamora y Caballero.

721007

REPARTIMIENTO.

PERSONAJES.	ACTORES.
ROSA.	D.ª Josefa Hijosa.
D. PEDRO.	D. José Miguel.
FABRICIO.	D. Ramon Mariscal.

La accion en Madrid. Epoca actual.

APROBADO POR LA CENSURA.

OBRAS DEL MISMO AUTOR.

Pobre importuno.
Un tenor, un gallego y un cesante.
Una comedia más.
La piedra de toque.
No mateis al alcalde.
¡El rey ha muerto! ¡Viva el rey!
Un dia en el gran mundo.
Marco Spada.
¡Me conviene esta mujer!
D. Ramon.
La mejor joya el honor.
Los pobres de levita.
La primera falta.

La niña expósita, novela original.

Ecos del alma, coleccion de poesías con un prólogo de D. Roque Bárcia.

La propiedad de este juguete pertenece á su autor, y nadie podrá sin su permiso reimprimirle ni representarle en los teatros de España y posesiones de Ultramar.

Los corresponsales de D. FRANCISCO RUBIO, dueño de la Administracion general de obras dramáticas y líricas, son los encargados exclusivos de su venta y del cobro de sus derechos de representacion en dichos puntos.

Queda hecho el depósito que exige la ley.

ACTO ÚNICO.

Sala pobremente amueblada. Puertas á la izquierda y al foro. A la derecha una ventana practicable.

ESCENA PRIMERA.

ROSA sentada en primer término cosiendo.—D. PEDRO entrando por el foro.

D. PEDRO. Muy buenos dias vecina.
ROSA. Muy buenos los tenga usted.
D. PEDRO. Qué tal la salud?
ROSA. Bien, gracias.
Y la de usted?
D. PEDRO. Gracias, bien. (*Pausa.*)
Mi señora doña Rosa,
hágame usté la merced
de volverse toda oidos
y escucharme.
ROSA. (*Deja la costura.*) Diga usted.
D. PEDRO. Me llamo Pedro Taquilla
Nací el dia veintitres
de julio del año mil
ochocientos diez y seis,
estoy muy bien conservado,
soy soltero, mi honradez
es notoria, soy cesante
con quince duros al mes,
estoy vacunado, prendas
personales... ya ve usted...
me canso de ser soltero
no tengo nada que hacer

y he decidido casarme,
y como la adoro á usted
que es la modista mas guapa
de cuantas saben coser,
vengo á pedirla su mano
gracia que espero obtendré
de la rectitud notoria
de esa boquita de miel;
con todo lo cual, *he dicho*
y estoy á los piés de usted.

ROSA. (Hombre mas estravagante!...)
Pero don Pedro...

D. PEDRO. Qué?... Qué?..
Va usted á ponerme un *visto*,
como lo suelen hacer
en el ministerio, siempre
que pido que se me dé
algun destino vacante?
Visto... ¡palabra cruel!...
que es como decirle á uno:
«Hermano, perdone usted.»

ROSA. Pero, señor de Taquilla,
creo que pasan de cien
las veces que ya me ha hablado
de su amor y yo...

D. PEDRO. Tambien
de ciento las calabazas
pasan, que me ha dado usté.
Pero yo no retrocedo,
nada, una vez y otra vez
volveré sobre la brecha.

ROSA. Pero...

D. PEDRO Morir ó vencer.
Asomada á esa ventana
vi á usted por primera vez
y esclamé para mi sayo
«me conviene esta mujer.»

ROSA. Podrá ser que le convenga,
pero tambien podrá ser,
y *puede*, y no solo *puede*
sino que en efecto *es*,
que usté á mi no me conviene,
por lo tanto... ya ve usté.

D. PEDRO. Si veo y desearia
antes cegar que tal ver.

Mas no por eso me apuro.
ROSA. Lo celebro.
D. PEDRO. Yo tambien.
Ni cedo.
ROSA. Mucho lo siento.
D. PEDRO. Veremos quién vence á quién.
Era mi madre asturiana
y mi padre aragonés
y yo he salido tan terco
y tan cabezudo que
en empeñándome yo
en que una cosa ha de ser
en cien años no cejara,
si pudiera vivir cien,
hasta conseguir mi objeto.
ROSA. Pues sospecho que esta vez
no le ha de servir de nada
esa insistencia cruel.
D. PEDRO. Usted me conviene, Rosa.
ROSA. Háse visto pesadez!
D. PEDRO. Digo que usted me conviene.
ROSA. Mas...
D. PEDRO. Que me conviene usted.
ROSA. Y usted á mi no, don Pedro.
D. PEDRO. Lo siento. Cómo ha de ser!
Volveré un poco mas tarde.
ROSA. Es inútil.
D. PEDRO. Volveré (*Ademan de marcharse.*)
ROSA. ¡Ay! (*Dejándose caer en la silla con abatimiento.*)
D. PEDRO. Que volveré repito.
(*Volviendo desde la puerta del foro.*)
ROSA. Ya está usted aquí otra vez?
D. PEDRO. No, no señora, aún no he vuelto,
porque aún no me marché,
y no habiéndome marchado
me era imposible volver.
Hasta la vista. (*Va hácia la puerta del foro.*)
ROSA. Hasta nunca.
D. PEDRO. (*Volviendo.*)
Que no se impaciente usté!...
ROSA. Pero, señor de Taquilla... (*Levantándose.*)

D. Pedro. Pronto vuelvo. Hasta despues.
(*Vase por el foro.*)

ESCENA II.

ROSA sola.

(*Imitando á don Pedro.*)
«Rosita, usté me conviene»
«Rosa, me conviene usté.»
Todos los dias lo mismo...
Ay! Todos los dias!... Qué?...
Si fuera todos los dias
tan solamente una vez!...
Cuán injusta es la fortuna!
Conozco yo mas de seis
que sin otro patrimonio
que treinta dias al mes,
se regalan y se visten
de brocados y moaré,
y yo que tengo una cara
que... vamos, se puede ver,
me pudro en mi sotabanco
sito en la calle del Pez
y he de escuchar los amores
de ese cesante cruel,
que como vive en la casa
y es capaz de hablar por tres
no me deja á sol ni á sombra.
Y el otro?... El otro tambien
es por quien soy divertido...
Un genio de Lucifer
que por cualquier cosa arma
con los hombres un belen,
y que es conmigo tan corto
y tan comedido que
en sus diarias visitas
apenas sabe que hacer
de su lengua, ó si la mueve
es solo para hablar de
la magnesia ó la potasa,
ó de las hojas de sem.
Y eso que el pobre me quiere,
eso sí, me quiere bien...
pero si no vence nunca
su maldita timidez,

es imposible que al cabo
nos lleguemos á entender.
Pues yo bastante le animo
mas no hago carrera de él...
Yo no soy ninguna fiera
ni ningun moro de rey,
y siendo él tan arrojado
y yo poco de temer
por qué me teme ese hombre?...
Vamos señores... por qué?

ESCENA III.

ROSA.—D. PEDRO por el foro con un gran ramo de flores.

D. PEDRO. A los pies de usté, Rosita.
ROSA. Beso á usté la mano.
D. PEDRO. Amen.
Vengo á traerla este ramo.
ROSA. (*Tomándolo.*)
Muchas gracias.
D. PEDRO. No hay de qué.
Abur, al momento vuelvo.
(*Antes de salir por la puerta del foro.*)
(Me conviene esta mujer.)

ESCENA IV.

ROSA.—Luego FABRICIO.

ROSA. (*Tirando con rabia el ramo.*)
Malhayan amen tus flores!
Malhaya tu obstinacion...
Pero... ¡Dios mio!.. qué hombre!...
Un amante así es peor
que tener un tabardillo
el tifus ó el sarampion,
porque al fin eso se cura
ó se lo lleva á uno Dios...
Mas esto... ¿y qué hace el gobierno?...
¿para qué hay Constitucion
y guardia civil, señores,
y Ceuta y Fernando Póo
si dejan suelto en las calles
á este insufrible moscon?...
FABRICIO. (*Entrando.*) Rosita!...
ROSA. (Ya está aquí el otro.)
Hola, Fabricio.

FABRICIO. (Si hoy
no me atrevo, soy mas bestia
que Nabucodonosor.)
ROSA. Siéntese usté...
FABRICIO. Muchas gracias.
(*Se sienta cada uno á un lado de la escena. Rosa al lado en que debe estar la mesilla de labor.*)
ROSA. (*Despues de un momento de pausa, en el que mira dos ó tres veces á Fabricio como esperando que diga algo é impacientándose por su silencio.*)
(Donosa conversacion!)
Hace frio?...
FABRICIO. Si señora...
digo... no señora, no...
aunque parece que lo hace,
yo creo sentir calor,
y aunque al venir tiritaba,
ahora sudando estoy;
con que no sé si hace frio
ó si hace un calor atroz.
ROSA. Corriente... quedo enterada,
gracias por la esplicacion.
FABRICIO. (No digo más que sandeces.)
ROSA. (*Cogiendo la labor y poniéndose á trabajar.*)
(Y esto es un hombre señor?)
(*Pausa.*)
FABRICIO. Rosita, yo deseaba
sino fuera indiscrecion
hablar á usted un momento...
ROSA. Hable usté aunque sean dos.
FABRICIO. Y si de atrevido peco... (*Levantándose.*)
ROSA. De atrevido?... No señor, (*Se levanta.*)
No peca usté de atrevido.
FABRICIO. Pues entónces... Allá voy.
(*Despues de un momento de pausa en que Rosa parece esperar con gran interés sus palabras.*)
Da esta ventana á la calle?...
ROSA. (*Con desaliento.*)
No señor, da á un corredor.

FABRICIO. De manera que á este cuarto
no le da el sol nunca.
ROSA. No.
FABRICIO. Pues eso es triste y mal sano
porque el sol...
ROSA. Sí, justo, el sol...
(Vamos, de qué buena gana
le pegaba un bofeton.)
(*Vuelve á sentarse y á cojer su costura, Fabricio da una vuelta por la escena y se sienta de nuevo.—Pausa.*)
FABRICIO. Rosita!... (*Levantándose.*)
ROSA. (Vamos, se atreve.) (*Se levanta.*)
Qué?
FABRICIO. Nada. (*Vuelve á sentarse.*)
ROSA. (No se atrevió.) (*Se sienta. Pausa.*)
FABRICIO. Escuche usté, Rosa. (*Volviendo á levantarse.*)
ROSA. (*Idem.*) Escucho.
FABRICIO. Estuvo usté ayer en *Paul*? (1)
ROSA. No señor en el Elíseo.
FABRICIO. Lo celebro.
ROSA. Tambien yo. (*Se sientan. Pausa.*)
FABRICIO. (Pero que toda mi vida
me ha de pasar lo que hoy?
Yo que no temo á las hombres,
he de mostrar tal temor
á las mujeres?... Caramba!...
Esto es horrible, es atroz!) (*Pausa.*)
ROSA. Ay!...
FABRICIO. Qué?
ROSA. Un pinchazo.
FABRICIO. Lo siento.
ROSA. No, quien lo siente soy yo.
(Ni se mueve de la silla.)
FABRICIO. Le duele á usted?...
ROSA. No señor
me da gusto.
FABRICIO. Si doliera,
agua fresca es lo mejor.
ROSA. La medicina es barata.

(1) Léase Pol.

FABRICIO. Y probada.
ROSA. En eso estoy. (*Pausa.*)
Pero... no tiene usted nada
que decirme?...
FABRICIO. Yo... yo...
ROSA. (*Imitándole.*) Yo!...
FABRICIO. Si usted se burla...
ROSA. No es eso.
Es que desde que usté entró
conocí que deseaba
emprender conversacion
sobre algun árduo negocio...
FABRICIO. Con que usted lo conoció?... (*Se levantan los dos.*)
ROSA. Sí tal, y como deseo
complacerle... (Pues señor
este hombre es de cal y canto.)
FABRICIO. (Que me atrevo.)
ROSA. Como yo
por sus buenas cualidades
tengo á usté en estimacion
quisiera que se explicara
sin rodeos ni temor,
pues si lo que á usted aqueja
puedo remediarlo yo...
la gente... hablando se entiende
y á veces siempre es mejor
lo que se haya de decir
mañana, decirlo hoy.
(Ni por esas.)
FABRICIO. Con que usted
quiere que la diga yo?...
ROSA. Si, todo lo que ocurra.
FABRICIO. Qué buena es usté!
ROSA. (Empezó.)
FABRICIO. Pues mire usted, es verdad
que siento una comezon
de decirla tantas cosas!
ROSA. Pues empiece usted... yo soy
muy franca y quiero que todos
lo sean conmigo... Yo
si usted, pongo por ejemplo
me dice que tiene amor,
quizá podré aconsejarle,
y si conozco á la que hoy

es dueña de su alvedrio
podré tambien... ¿por qué no?...
decir á esa ciudadana
«De Fabricio el corazon
late por tí, es buen muchacho,
honrado, trabajador,
corresponde á su cariño,
casaos pronto los dos
y gozad de vuestra dicha
en paz y en gracia de Dios.»
Esto le digo á mi amiga,
si es que usted padece amor
y es amiga la individua,
y á tal fuerza de razon
casi tengo por seguro
que no ha de decir que no.
(Si de esta no se declara
no tiene perdon de Dios.)

FABRICIO. Pues mire usted, en efecto.
ROSA. (A que no se atreve?)
FABRICIO. Yo...
conozco que las mujeres
el mismo demonio son,
y se lleva uno unos chascos
á veces...
ROSA. (Ya dió una coz.)
FABRICIO. Pero conozco tambien
que los hombres son peor
y que entre hombres y mujeres
aunque siempre la eleccion
es difícil... qué demonio!
por las mujeres estoy.
Yo he acabado mi carrera
y yo soy manchego... y yo
bien puedo ser en la Mancha
un boticario de pró!
y vendiendo medicinas
para el reuma y el dolor
de muelas y otros achaques,
puede ser mi posicion
muy regular y en el pueblo
tengo un poco de labor
y mi tio es concejal,
y acaso lo sea yo
con el tiempo, y vivir solo

no es ninguna diversion,
y un casado siempre tiene
quien le cuide y es mejor
el vivir en compañía
que el estarse hecho un huron
entre las cuatro paredes.

ROSA. (*Que le ha estado mirando con atencion y estrañeza como sin comprender nada de lo que le dice.*)
(Qué galimatias.)

FABRICIO. Yo
pienso así y si usted pensara...
pues... pensábamos los dos...

ROSA. En qué?... En la *mona* de Pascua.

FABRICIO. Ya se burla usté?... Me voy.

ROSA. Hombre no sea usté... tonto
iba á decir.

FABRICIO. Es que yo
con las mujeres soy tímido
y con los hombres atroz...
y pues que ya la he esplicado...

ROSA. (Que será lo que esplicó?)

FABRICIO. Piense usté en ello y mañana
me da la contestacion.

ROSA. Pero qué he de contestarle?

FABRICIO. Es muy claro. El sí ó el nó.

ROSA. De qué?

FABRICIO. De lo que la he dicho.

ROSA. Ya! del reuma y el dolor
de muelas... Quedo enterada.

FABRICIO. Pues me alegro. Adios.
(*Se dirige á la puerta del foro.*)

ROSA. Adios.

(*Rosa se dirige con despecho hácia la ventana, á tiempo que aparece en ella D. Pedro. Fabricio que iba á salir por el foro se vuelve al oir saltar al otro á la escena y queda desde la puerta del foro mirando lo que pasa en primer término.*)

ESCENA V.

DICHOS.—D. PEDRO.

D. PEDRO. Rosa, en usté solo espero,
Rosa, por usté suspiro,

por usted, Rosa, delirio,
por usted, Rosa, me muero.
Diciendo, señor pequé,
caigo á los pies de mi hermosa.
(*Se arrodilla.*)
Usté me conviene, Rosa;
Rosa, me conviene usté.

ROSA. Ya mas no puedo aguantar.
Abur. (*Le vuelve la espalda con incomodidad y sale por la izquierda.*)

D. PEDRO. Me he quedado frio.

ESCENA VI.

D. PEDRO.—FABRICIO, este se adelanta hasta poner la mano sobre el hombro de D. Pedro que continúa arrodillado.

FABRICIO. Escuche usté, señor mio.
D. PEDRO. Qué? (*Levantándose.*)
FABRICIO. Me podrá usté esplicar?
D. PEDRO. (*Gritando.*)
El qué?
FABRICIO. Lo que aquí sucede.
D. PEDRO. Puedo hacerlo, es cosa llana,
pero no me da la gana.
FABRICIO. (*Como preparándose á pegarle.*)
Prepararse á morir puede.
D. PEDRO. Bah!
FABRICIO. Sabe usted quien soy yo?
D. PEDRO. Sí señor, un majadero.
FABRICIO. Qué dice usted?
D. PEDRO. Lo que quiero
¿estamos? y se acabó.
FABRICIO. Soy D. Fabricio Machaca.
D. PEDRO. Y yo don Pedro Taquilla.
FABRICIO. Nacido en Villasequilla.
D. PEDRO. Está bien yo en Aravaca.
FABRICIO. Nunca temo.
D. PEDRO. Yo jamas.
FABRICIO. La quiero.
D. PEDRO. Me enamoró.
FABRICIO. Y no la cedo.
D. PEDRO. Ni yo.
FABRICIO. Y soy muy bruto.
D. PEDRO. Yo mas.
FABRICIO. Siempre que reñí, gané.

D. Pedro. Yo pego con una gracia!...
Fabricio. Soy licenciado en Farmacia.
D. Pedro. ¿Y á mi que me cuenta usté?
Fabricio. Si se obstina usté en luchar...
D. Pedro. Sí me obstino, señor mio.
Fabricio. Correrá de sangre un rio.
D. Pedro. Que corra aunque sea un mar.
Fabricio. Y así á todos probaré
que, pese á mi mala estrella,
si no me atrevo con ella
me atrevo y bien, con usté.
D. Pedro. Pues te me pones delante
y me incitas á reñir;
jóven, tú vas á sufrir
los furores de un cesante.
Fabricio. De la rabia que me tengo
por mi necia cortedad,
si ese valor es verdad,
hora en sus huesos me vengo.
Satisfecho haré que sea
mi vengativo furor,
yo se lo juro á usté por
toda la farmacopea.
D. Pedro. Fué inútil todo registro
que en pretender fuí á emplear,
y hora en tí voy á vengar
los desdenes del ministro;
piedad de tí no tendré
como logre hincarte el diente,
por el último espediente,
lo juro que despaché.
Fabricio. Pues los dos tenemos gana.
D. Pedro. No hay que dejarlo perder.
Fabricio. Mañana al amanecer.
D. Pedro. Al amanecer mañana.

(*Se dan la mano con aire muy incomodado y sale Fabricio por el foro.*)

ESCENA VII.

D. PEDRO solo.

Un lance!... Me alegro, así
la probaré mi cariño.
y probaré al mundo entero
á dónde llega mi brio.
¡Lástima que ese muchacho

no sea un hombre político,
senador ó diputado
ó periodista ó ministro!
Que entónces ¡oh! entónces si
que mi venturoso sino,
me deparaba matar
dos aves de un solo tiro.
Me libraba de un rival
y lograba un empleillo
de gobernador civil,
de director ó de obispo,
pues es cosa muy sabida
que en este país bendito
no hay como andar á trastazos
para ser hombre de viso;
y el que consigue batirse
con un hombre conocido
por su talento y virtudes,
ó aunque sea por sus vicios,
ya tiene hecha su carrera
y puede hasta ser ministro;
porque tras el duelo viene
en la prensa el sueltecito,
diciendo: «por un conducto
fidedigno hemos sabido
que don Fulano de tal
y don Mengano, han tenido
ayer una esplicacion
que acabó de un modo digno,
rompiéndole don Mengano
á don Fulano el bautismo.
La gravedad del asunto
nos impide ser esplícitos;
deploramos estos lances,
etcétera... » Y con motivo
de que no se entere nadie
del caso muy afligidos,
cuentan á sus suscritores,
en secreto, la hora y sitio,
y los lances del combate,
los nombres de los padrinos,
y las armas que se usaron,
y el estado del herido.
Luego habla toda la córte
tres dias del desafio;

y aquí en hablando de uno,
auque hablen mal, es sabido
que aquel ya no necesita
recomendacion ni oficio,
para aspirar á ocupar
hasta á los mas altos sitios.

ESCENA VIII.

ROSA.—D. PEDRO.

ROSA. ¿Todavía aquí?...
D. PEDRO. Sin duda,
aquí estoy y aquí estaré
por los siglos de los siglos;
y si usted es tan cruel
que me arroja de su casa,
volveré otra vez y cien,
para admirar sus hechizos
con cariñoso interés,
y escuchar las calabazas
conque su fiero desden
ha pagado hasta el presente
el amor que la juré.
Ya sabe usted que no cedo
y que no hay razon ni ley
que en formando yo un empeño
me obligue á retroceder.
Rosita usted me conviene
y pues me conviene usted,
yo busco mi conveniencia
hasta obtenerla y amen.
ROSA. Don Pedro de mis pecados,
Taquilla de Lucifer,
es usted un sinapismo
una cantárida, un...
D. PEDRO. Bien!
Desahogue usted su rabia
yo no me incomodaré.
Si viera usted qué bonita
en este instante está usted
echándome esas miradas
con que me quiere comer...
Si viera cómo la sienta
ese ceñito cruel
y fuera usted un instante

hombre en lugar de mujer
y cesante á mas de hombre
y nacido el diez y seis
y soltero y se pudiera
con mis propios ojos ver,
se inspiraria á sí misma
tan cariñoso interés,
que exclamaria conmigo:
«Me conviene esta mujer.»

ROSA. Pues bien, señor de Taquilla,
si se convirtiera usted
en mujer y costurera,
y no tuviera mal ver
y fuera jóven y alegre
y aquí en la calle del Pez
habitara un sotabanco
y se pudiera usted ver
lo mismo que yo le veo,
como se viera usted bien,
tan feo se encontraria
y tan ridículo, que
diera á correr por no verse
y corriera tanto, y bien,
que en tres semanas lo menos
no parara de correr.

D. PEDRO. Qué franca!... Qué divertida
y qué bromista es usted!
(Pues señor lo dicho, dicho;
me conviene esta mujer...)

ROSA. Pero... lo toma usté á broma?...

D. PEDRO. Es claro.

ROSA. Pues no lo es.

D. PEDRO. Já!já!... Qué gracia!... Qué gracia!

ROSA Mas...

D. PEDRO. Siga usted, siga usted.
Yo me deleito en oirla.

ROSA. (Pero Dios mio! qué hacer?)

D. PEDRO. Las mujeres es sabido
que se visten al revés,
y como al revés se visten
al revés hablan tambien
y todo al revés lo hacen
segun de niño escuché.
Por consiguiente, Rosita,
el furor que muestra usted,

me hace saber una cosa
que hace tiempo sospeché.

ROSA. Qué es ello?...

D. PEDRO. Que usted me ama.

ROSA. Qué yo?...

D. PEDRO. Si, que me ama usted.

ROSA. Le aborrezco.

D. PEDRO. (*Cogiéndola la mano y besándosela repetidas veces á pesar de su resistencia.*)
Gracias, gracias.
(Me idolatra esta mujer.)

ROSA. Pero... se ha vuelto usted loco.

D. PEDRO. Si señora, lo estoy de
felicidad, de alegría
y de amor y de placer.
Conque me ama usted, Rosita?

ROSA. No señor.

D. PEDRO. Nunca pensé
que fuera su amor tan grande.

ROSA. Pues hacia usté muy bien.
No es ni grande ni pequeño.

D. PEDRO. Como aunque negaba usted
lo hacia con la sonrisa
en los labios, yo dudé;
mas ya no dudo, esa furia,
Rosita, la vende á usted:
usted me teme, y por Dios,
que no tiene que temer;
sé lo que son las pasiones,
y lo que es el honor sé,
y por estas y otras cosas
que se dejan comprender,
yo no abusaré, Rosita,
de la posicion de usted.

ROSA. Mas ¿quién habla de abusar...?

D. PEDRO. Lo dicho, no abusaré,
aunque conozco el amor
que por mí consume á usted,
y sé bien cuantas ventajas
con él pudiera obtener;
probaré que cada uno
es cada uno, y que fiel
cada uno á sus principios,
se porta como quien es.

ROSA. Don Pedro, voy á morirme.
D. PEDRO. Rosa, no se muera usted.
ROSA. Sí, no le quede á usted duda,
me moriré.
D. PEDRO. Yo tambien...
cuando Dios quiera. A la fuerza
todos nos hemos de ver
en ese trance, y no creo
que se exceptúe usté de él.
ROSA. Es que yo quiero morirme
por tal de no ver á usted,
y me moriré esta tarde.
D. PEDRO. Rosa si no he menester
más pruebas de su cariño,
si estoy convencido de él,
y ese amor me dará fuerzas
para morir, ó vencer
al salvaje de Fabricio.
ROSA. Cómo?... Qué?... Qué dice usted?..
D. PEDRO. Nada que mañana... ¡zis!
ó muero yo, ó muere él,
y al que se muera *requiescant*
le entierran y hasta mas ver.
ROSA. Esplíquese usted.
D. PEDRO. Me esplico.
Mañana al amanecer
nos batimos él y yo
á muerte.
ROSA. Qué dice usted?
Hombre, eso me ha conmovido.
D. PEDRO. Por mí?
ROSA. No señor, por él.
Conque un duelo? Qué alegría!
D. PEDRO. Cómo que alegría?
ROSA. Pues!
Con que Fabricio me quiere?
D. PEDRO. Qué! no se lo ha dicho á usted?
ROSA. No se habia declarado,
aunque yo ya sospeché...
Gracias, señor de Taquilla!
D. PEDRO. (Maldita mi lengua, amen.)
ROSA. Conque se baten ustedes?
D. PEDRO. Si, señora.
ROSA. Bien, muy bien.
El le romperá á usté un brazo,

y mientras se cura usted
me veré de su amor libre...
Ay, don Pedro, qué placer!...
Entretanto nos casamos...
Mas ahora que pienso bien...
Ese duelo es imposible.

D. Pedro. (*Que ha escuchudo el anterior parlamento con muestras de admiracion.*)
Es imposible?... Por qué?

Rosa. Fué papá tambor mayor
del regimiento del Rey,
y era mamá planchadora
del teniente coronel,
y á mí me tuvo en la pila,
segun le probaré á usted,
el capitan de la cuarta
del segundo.

D. Pedro. Bien, y qué?...

Rosa. Que consultando ambas líneas
paterna y materna... ¡pues!
yo no soy, aunque soy pobre,
una modistilla de
tres al cuarto, como acaso
se haya figurado usted,
sino toda una señora
que se entretiene en coser.

D. Pedro. Y qué tenemos con eso?

Rosa. Cómo qué tenemos?

D. Pedro. Qué?

Rosa. Que es comprometer su fama
reñir por una mujer,
y si se empeña en batirse,
le juro don Pedro que
le dejo sin una muela
las encias de un revés;
pues soy toda una señora.

D. Pedro. Ya se le conoce á usté.

ESCENA ÚLTIMA.

DICHOS.—FABRICIO.

Fabricio. Usted aqui todavia? (*A don Pedro*

D. Pedro. Todavia, sí señor...

Fabricio. Si atendiera á mi rencor...

D. Pedro. Y vamos á ver qué haria?

Rosa. Fabricio, vamos callando;

don Pedro, no hay que chistar.
FABRICIO. Ya no vuelvo á respirar.
D. PEDRO. Ni yo.
ROSA. Y vayan contestando
á mis preguntas los dos.
FABRICIO. Decir la verdad le juro.
D. PEDRO. Yo tambien se lo aseguro.
(*Amenazando á Fabricio.*)
Mas vive Dios!
FABRICIO. (*Id. á don Pedro.*) Vive Dios!
ROSA. Sé que hace poco se armó
entre ustedes dos un lio
y tienen un desafío...
FABRICIO. Es cierto.
ROSA. Y pregunto yo:
¿qué derecho su furor
les da á mancillar ahora,
el honor de una señora
hija de un tambor mayor?
FABRICIO. Yo lucho, viven los cielos!
porque... vamos, lo diré!
porque siento por usté
un amor...
ROSA. Amor?
FABRICIO. Y celos.
El señor me incomodó,
le ví á sus piés de rodillas
y salí de mis casillas.
ROSA. (Gracias á Dios. Se atrevió.)
D. PEDRO. Y yo por razon igual,
quiero matar á ese hombre,
pues no soy ¡voto á mi nombre!
hombre que sufre un rival.
ROSA. Conque los dos me aman?
FABRICIO. }
D. PEDRO. } Si.
ROSA. Pues el que aspire á mi amor
ha de olvidar su rencor.
D. PEDRO. Por mí, olvidado.
FABRICIO. (*Se dan la mano.*) Y por mi.
D. PEDRO. La ofrezco mi cesantía
y como la acepte usté,
juro que no envidiaré
ni al gran sultan de Turquía.
FABRICIO. Si logro obtener su gracia

porque hace tiempo me afano,
yo la ofrezco con mi mano
mi oficina de farmacia

ROSA. No merezco tal favor.

D. PEDRO. Bien, más...

FABRICIO. Decida usté, Rosa.

ROSA. Pues me casaré gustosa.

D. PEDRO. Conmigo?

ROSA. Con el señor.

(*Alarga la mano á Fabricio, este la cubre de besos.*)

D. PEDRO. Con Fabricio?... Qué escuché!

ROSA. Elegir es mi derecho.

D. PEDRO. Sabe usté lo que sospecho?...

ROSA. Qué?

D. PEDRO. Que no me quiere usté.

ROSA. Hace tiempo á no dudar
que sospecharlo debiera.

D. PEDRO. Sin verlo no lo creyera,
mas si nada he de esperar... (*Al público*
dos aplausos por favor
pediré si no importuno.

FABRICIO. Dos?

D. PEDRO. Para nosotros uno.

ROSA. Y el otro para el autor.

FIN.